

LA EVOLUCION DE LA ENSEÑANZA FILOSOFICA

1.—*La enseñanza filosófica y el proceso de la filosofía.*— La enseñanza de la filosofía más que la de ninguna otra disciplina, por las razones que ya hemos puntualizado, está estrechamente ligada a la evolución histórica del filosofar. Se puede decir por eso que un cuadro exacto y serio de la evolución de la didáctica filosófica debe reproducir el entero proceso del pensamiento filosófico con la variedad y el contraste de sus épocas, escuelas, tendencias y pensadores singulares. Pensamos, sin embargo, que no es del todo infiel a esta convicción el seguir el desarrollo de la filosofía a través de sus grandes épocas, tratando de resaltar en ellas, al ritmo de la evolución de doctrinas y corrientes, las más características modalidades de la enseñanza y las innovaciones didácticas de mayor influjo. Esto es lo que haremos a continuación en un apretado resumen.

2.—*La filosofía clásica.*— El cultivo de la filosofía ha estado ligado desde antiguo a la escuela como comunidad intelectual e institución docente. Ya las primeras noticias que se tienen sobre el saber filosófico, que remontan al siglo VI A.C., se refieren a la escuela de Mileto, en Jonia, a la que se vinculan los nombres de Tales, que encabeza clásicamente la lista de los filósofos, Anaximandro y Anaxímenes. En este período inicial de la reflexión filosófica, conocido como período presocrático o cosmológico, se hicieron famosas otras escuelas de pensamiento, como la pitagórica, la eleática y la atomista. Poco se sabe en verdad sobre el modo y manera que adoptó en ellas la enseñanza de la filosofía. Parece haber prevalecido a veces una disciplina rígida y una imperativa adhesión a las doctrinas que constituían el patrimonio del grupo. En algunos casos —como en el de la escuela pitagórica— se exigía a los discípulos practicar una conducta ascética y guardar celosamente el secreto de las enseñanzas. También se señala por los historiadores de la filosofía la existencia de dos suertes de contenidos doctrinarios, comunicados exclusivamente a los iniciados o miembros de la comunidad, que constituían las enseñanzas esotéricas, y los que podían ser difundidos fuera de la escuela, o enseñanzas exotéricas. Estos fenómenos característicos de las etapas más antiguas de la cultura filosófica no son ajenos, como se comprende, a la influencia de la mentalidad religiosa y moral que a la sazón tiñe todavía en mucho la práctica del filosofar.

En el siglo V. a. C., con los cambios sociales y políticos que determinan la aparición de nuevas formas de educación, la enseñanza de la filosofía modifica su espíritu y sus métodos. Por acción de los filósofos conocidos como sofistas (Protágoras, Gorgias, Trasímaco, etc.), se produce en Atenas una estrecha vin-

culación entre la enseñanza filosófica y la adquisición de las técnicas retóricas y dialécticas de uso político. Como ya había ocurrido en parte en la escuela eleática, con Zenón y Meliso expertos en los métodos erísticos, el arte de la argumentación necesario para lograr éxito en la vida pública, en las asambleas democráticas y en los tribunales, adquiere una importancia principal en la didáctica de los filósofos. Al mismo tiempo se acusa el interés teórico por los temas ético-jurídicos y, en general, antropológicos, con una clara tendencia hacia las posiciones crítico-escépticas y relativistas. Los sofistas, que son los primeros maestros de filosofía remunerados por su trabajo, actúan en especial sobre los gimnastas, es decir, los jóvenes entre quince y dieciocho años que concurrían a los gimnasios, con lo cual señalan la aparición histórica de una suerte de enseñanza secundaria con elementos de cultura filosófica.

En esta misma época, el magisterio de Sócrates introduce una nota revolucionaria en la didáctica filosófica, que es el centro de su trascendental obra pedagógica: convierte la conversación ordinaria, el diálogo inteligente, en el nervio del proceso enseñanza-aprendizaje. Sócrates cultiva filosóficamente a sus interlocutores y a los discípulos que lo rodean en la plaza pública planteando cuestiones y articulando con ellas respuestas que, de un lado, destruyen opiniones infundadas y, de otro, encaminan hacia el logro de una concepción rigurosa y firme de la verdad. Hay así en su método una parte destructiva, cuyo giro peculiar es la famosa ironía o ignorancia fingida, mediante la cual el filósofo logra poner en evidencia la vanidad de los conocimientos de su interlocutor, y otra positiva y creadora, que, partiendo de esta depuración crítica, orienta hacia la consecución de la verdad, pero no de una verdad recibida pasivamente, sino de una idea concebida y sacada de sí por el discípulo. De allí el nombre de *mayéutica* o arte de alumbramiento que da Sócrates a su método. Aquí reside quizá el valor más alto de la enseñanza socrática: en la convicción de que el discípulo puede y debe llegar por sus propios medios a la verdad y contribuir a enriquecerla, frente a la mera recepción de conocimientos y doctrinas ya formulados, que era lo típico de la didáctica anterior. Esto no quiere decir que Sócrates no tuviera convicciones filosóficas propias y no las defendiera en el diálogo. Hay un aspecto importante del método socrático que depende de las condiciones histórico-doctrinarias del pensamiento de su creador. Pero la fecundidad de la docencia de Sócrates era la posibilidad de someter a debate y esclarecimiento también sus propias ideas y el principio pedagógico de que sólo así podrá aprenderse seriamente la filosofía. Por lo que toca al contenido de su didáctica, como la de los sofistas, se centró en la pro-

blemática antropológica, sobre todo en los temas morales, reflejo innegable de las inquietudes de la época.

En el siglo IV a.c., con Platón y Aristóteles, la enseñanza filosófica se institucionaliza y expande grandemente su influencia. El primero fundó un plantel de enseñanza, la Academia, en los jardines cercanos al gimnasio de este nombre. Con biblioteca, salas de conferencia, habitaciones de estudio y otras instalaciones, fue prácticamente la primera Universidad occidental. Siguiendo un poco el modelo pitagórico, los profesores y los alumnos formaban en ella una comunidad por lazos casi religiosos.

Platón y los otros maestros que enseñaron en la Academia durante casi un siglo emplearon preferentemente el método del diálogo, heredado de Sócrates, aunque el estudio de los escritos filosóficos de los autores de la escuela y de otros pensadores tuvo asimismo un lugar importante en la didáctica. A juzgar por las propias opiniones de Platón sobre la enseñanza filosófica, el cultivo de la dialéctica debió recibir especial cuidado y prolongarse a lo largo de varios años de escolaridad. De otra parte, como ocurrió antes en la escuela pitagórica, la enseñanza filosófica que propugnó Platón estuvo íntimamente vinculada con la matemática. Según recuerda la tradición, en la puerta de la Academia había la siguiente inscripción: "No entre quien no sepa geometría".

Cerca de otro gimnasio ateniense y del Templo de Apolo Licio, Aristóteles estableció la escuela conocida como el Liceo. Bajo su dirección y la de sus discípulos, especialmente Teofrasto, alcanzó notable desarrollo, llegando a tener casi dos mil alumnos, lo que da idea de su volumen e influencia. En los locales y jardines del plantel, maestros y discípulos, identificados en el mismo afán de conocer la ciencia y acrecentarla, solían caminar mientras departían, por lo cual se les ha llamado *peripatéticos*, o sea, "los que pasean", nombre que se identifica en la historia de la filosofía con el de aristotélico.

El Liceo vinculó estrechamente la enseñanza filosófica con la de las ciencias naturales. Estas formaban parte muy importante de las labores de investigación que debían realizar quienes formaban parte de la escuela, lo que no debe extrañarnos pues por entonces no se había producido aún la separación de la filosofía y las ciencias que hoy conocemos. Aunque el diálogo no estuvo ausente del Liceo, la didáctica filosófica gravitó más hacia las lecciones magistrales y los análisis y ejercicios lógicos, de lo que nos dan buen testimonio algunas obras de Aristóteles;

como la *Metafísica* y el *Organon*, cuyo contenido procede directamente del trabajo en clase.

La escuela platónica y la aristotélica no son las únicas de la época. Fruto de la enseñanza de Sócrates son otras que alcanzaron renombre en la antigüedad, aunque no al punto de competir con la Academia y el Liceo, como la de Megara y la de Cirene. Más tarde adquirirán importancia la escuela de Epicuro y la estoica, cuyo local estaba situado en la *steapoikile* de Atenas, de donde le viene su nombre de Pórtico. Con ellas las formas de la didáctica filosófica griega se prolongan a través de la educación romana hasta el fin de la edad clásica.

Los emperadores romanos estatizaron la educación superior, con lo cual la enseñanza de la filosofía recibió respaldo oficial. Marco Aurelio, que era él mismo filósofo, contrató maestros griegos para el Ateneo de Roma y estableció allí ocho cátedras de filosofía. Otras escuelas universitarias importantes de la época imperial, como las de Atenas y Constantinopla, dedicaban también particular atención a la docencia filosófica.

Con el advenimiento del cristianismo se produce una variante peculiar de la educación filosófica: ahora ella está enderezada a refutar el saber pagano y, al mismo tiempo, a asimilarlo dentro del cuadro general de la nueva concepción teológica del mundo. Las escuelas de catequistas cumplieron al respecto un papel destacado pues al ampliar gradualmente su currículum terminaron por funcionar también como escuelas filosóficas. Así, en el siglo II, la escuela de Alejandría, bajo la dirección de San Clemente, no sólo puso atención en la formación general y teológica de los educandos sino en el estudio de los filósofos clásicos. "Su curso —escribe Dilthey— partía de la dialéctica, la geometría, la astronomía y la ética, para llevar a la lectura de los filósofos y poetas antiguos y desde éstos a la interpretación de las sagradas escrituras y, finalmente, a la gnosis cristiana. Con esto se crea una nueva gradación de la enseñanza que imitaba en la materia docente cristiana la gradación platónica que va de lo sensible a la intuición de las ideas".¹

3.—*La filosofía medieval*.— La educación cristiana tomó nuevas formas y alcanzó su pleno desarrollo y predominio en la Edad Media a través de las escuelas episcopales y monásticas y, luego, de las Universidades. Bien que subordinada a la fe y a la teología, la enseñanza filosófica ocupó en ella un lu-

1 G. Dilthey. *Historia de la pedagogía*. Buenos Aires, Ed. Losada, 1944, p. 124.

gar principal. La forma típica de la didáctica filosófica medieval es el método escolástico que prácticamente se enseñó de los colegios y universidades. En éstas la filosofía era enseñada en la facultad de artes, llamada así a causa de las siete artes liberales que constituían su materia, o sea, el *trivium* (gramática, retórica y lógica) y el *quadrivium* (aritmética, música, geometría y astronomía), gracias a las cuales el futuro teólogo, médico o abogado adquiriría lo que hoy llamaríamos cultura general. En esta formación básica correspondía una porción muy considerable a los estudios propiamente filosóficos.

El método escolástico ofrece perfiles bien acusados ya a fines del siglo XI, gracias especialmente a la labor docente de Pedro Abelardo quien puso especial énfasis en el desarrollo de las dotes dialécticas del alumno. Tal como puede documentarse en un libro *Sic et non*, el procedimiento de Abelardo tiene su centro en la oposición de tesis que es preciso examinar, entender y luego probar, sopesando las razones en pro y en contra —de allí el nombre de sí y no— de acuerdo con las doctrinas y los textos religiosos. Como señala J.M. Verweyen, en la aplicación de este método, inspirado en la técnica de los canonistas, es determinante "el deseo de investigar lo más hondamente posible los contrastes —que con frecuencia provienen de diferentes significaciones verbales— que se encuentran en los Padres, con el fin de que el lector pueda lograr así una solución propia que armonice y considere todos los momentos. De este modo se aclaran los giros, más tarde usuales, que encabezan las secciones particulares de las investigaciones escolásticas: *quastio — videtur quod non — sed contra dicendum est — respondeo — solutio*.¹ Es decir, cuestión, objeción, contra-objeción, concepción propia. La marcha del pensamiento progresa, por decirlo así, hasta la *solutio* a través de la tesis y de la antítesis, del *sic et non*".²

Las 158 cuestiones propuestas por Abelardo en su libro y dejadas sin respuesta como una incitación al alumno lector, son del siguiente tipo: "¿Es Dios una substancia o no?", "¿Tiene Dios voluntad libre o no?", "¿Es peor pecar abiertamente que secretamente?", "¿Debe basarse la fe humana en la razón o no?", es decir, cuestiones concernientes no sólo a problemas teológicos, sino también morales y gnoseológicos, que el estudiante

1 Literalmente: cuestión —parece que no— pero se dice en contrario —respondiendo— solución.

2 J.M. Verweyen, *Historia de la filosofía medieval*. Buenos Aires. Ed. Nova, 1957, p. 89.

debía encarar haciendo uso a la vez del análisis lógico y de la erudición eclesiástica.

En el período de apogeo de la escolástica se empleaban dos procedimientos didácticos principales: la *lectio* y la *disputatio*. La primera consistía en la lectura ante los alumnos de textos de las autoridades doctrinarias, con las glosas y comentarios que el maestro tenía preparados. Solía haber repeticiones, o sea, repasos de lo leído, a cargo de docentes más jóvenes o alumnos destacados; en las horas de repetición se explicaban o aclaraban puntos que los estudiantes no habían entendido suficientemente. La *disputatio* era un debate, generalmente público, en que uno de los participantes, previamente designado, sostenía una tesis, a la cual los concurrentes hacían objeciones fundadas en la estructura lógica del pensamiento y en las opiniones autorizadas por los autores cristianos, teólogos y filósofos consagrados. El defensor de la tesis, a su turno, debía rebatir las objeciones y mostrar la solidez del punto defendido.

El trabajo escolar era intenso y duraba generalmente cuatro años, al fin de los cuales el alumno podía obtener un grado académico. Aparte del entrenamiento dialéctico que lograba tras la larga serie de ejercicios y debates, el alumno llegaba a poseer un cumplido conocimiento de las principales autoridades de la Iglesia en materia teológica y filosófica, así como de aquellos pensadores antiguos reconocidos como guías doctrinarios, entre los cuales, como es sabido, nadie disputaba el primado de Aristóteles, no sólo en la lógica sino también en las demás partes de la filosofía y de la ciencia.

Por el siguiente calendario de clases de la Facultad de Artes de la Universidad de Toulouse, Francia, en 1309,¹ se puede advertir claramente la intensidad de la labor escolástica, su orientación ideológica y el predominio incontestado de Aristóteles:

La mañana se dividía en cuatro períodos de estudio, dedicados, el primer año, a las siguientes lecciones: 1º *Analíticos primeros y segundos* de Aristóteles, en el semestre de invierno, y los primeros cinco libros de la *Ética* Aristotélica, en el de verano. 2º *El Isagoge* de Porfirio, las *Categorías* y *De la Interpretación* de Aristóteles y la *Gramática elemental* de Prisciano, en el semestre de invierno. En el de verano las lecturas versaban sobre los *Seis principios* de Gilbert de la Porrée, las *Divisiones*

¹ Cit. según Ellwood P. Cubberley. *Readings in the History of Education*. Cambridge, Massachusetts.

de Boecio o los primeros tres libros de sus *Tópicos*, continuándose además con el libro de Prisciano. 3º Repetición a cargo de bachilleres. 4º Lecciones extraordinarias, posiblemente sobre gramática o lógica. 5º Después de la comida de medio día, conferencias de bachilleres o disputaciones. 6º Lecciones especiales por bachilleres y maestros sobre los *Tópicos* y las *Refutaciones* de los sofistas de Aristóteles, en el semestre de invierno y sobre la *Física* de Aristóteles en el verano.

En los años siguientes se continuaba el estudio de estos libros, hasta el cuarto año, en que se dedicaba más atención a las obras biológicas y físicas y a la *Metafísica* de Aristóteles.

Con este trabajo la formación filosófica del alumno tenía sin duda la virtud de aguzar su penetración y su figura conceptual, así como su dominio de las fuentes doctrinarias conocidas, aunque también se corría el riesgo de habituarlo al verbalismo y a la total indiferencia respecto a los datos empíricos. Esto provocó, como se sabe, la reacción de los filósofos modernos dirigida en buena parte no sólo contra el contenido sino también sobre el método de filosofar escolástico y su reflejo en la didáctica. No puede olvidarse, sin embargo, que los maestros de este período lograron hacer progresar mucho las técnicas didácticas vinculadas con la silogística y el arte de la argumentación y, además, suplieron con la paciente lectura, el comentario y la revisión de los textos, la penuria de libros que afectó al medioevo.

Conviene recordar, finalmente, la importancia de las escuelas filosóficas árabes y judías en este período. La expansión árabe no sólo determinó un florecimiento económico y social, sino la eclosión de un poderoso movimiento intelectual, uno de cuyos aspectos más interesantes es la incorporación y elaboración del bagaje filosófico griego a la cultura de la época. En España, por ejemplo, Córdoba fue un centro importantísimo de la educación filosófica, en que alternaron musulmanes, cristianos y judíos, en un movimiento de comunicación científica de sentido y repercusión universales.

4.—*La edad moderna.*— La enseñanza escolástica se prolongó en las escuelas y universidades a través del Renacimiento hasta bien avanzada la Edad Moderna. Los cambios culturales que entretanto se habían producido no podían dejarse notar, sin embargo, en la didáctica filosófica. La educación humanística, con su cultivo de la individualidad y del espíritu libre, influyó en un aligeramiento de la pesada carga dialéctica y doctrinaria que soportaba la enseñanza filosófica al final del

medievo. El florecimiento de un nuevo tipo de planteles dedicados a la enseñanza secundaria, el *Gymnasium* alemán, el *College* y el *Licée* franceses y las *Grammar Schools* inglesas, fundados y sostenidos por los gobiernos o la aristocracia, va a contribuir grandemente a esta renovación educacional.

En estrecha vinculación con el movimiento humanista se desarrolló, como es sabido, un nuevo gusto por los estudios clásicos basado en el conocimiento directo de los autores griegos y latinos. Ejerció él una marcada influencia en la enseñanza de la filosofía, porque vinculó la nueva sensibilidad por el lenguaje con las exigencias de claridad y rigor en el pensamiento ("pensar correctamente sobre todas las cosas y expresar sin dificultad lo que se piensa" es el ideal expresado en un apotegma caro a los humanistas).¹ Además, porque introdujo un nuevo método de análisis y comprensión de los textos filosóficos y agrupó a los especialistas y amantes de los pensadores clásicos en centros especiales de investigación y enseñanza. Este es el caso de la famosa Academia Platónica de Florencia, establecida en el siglo XV, que funcionó, bajo la protección de los Medicis, como una escuela filosófica.

La educación filosófica moderna ofrece, además, otros rasgos que conviene destacar. En primer lugar la influencia del libro impreso, que determinó una formidable expansión de las posibilidades de enseñanza y aprendizaje de la filosofía, más aún cuando por esta época los filósofos comienzan a usar la llamada lengua vulgar, o sea, los idiomas nacionales como el francés, el inglés, el español, el alemán, como medio de expresión filosófica, en contraste con la hegemonía incontestada del latín en la etapa anterior. *El Discurso del Método* de Descartes, obra cuya repercusión y trascendencia en la evolución de la filosofía nadie ignora, fue significativamente escrita y publicada en francés. Por su parte Montaigne, Bruno, Locke, Berkeley, Hume, Leibniz y otros muchos grandes nombres de la modernidad filosófica escriben también en las lenguas nacionales haciendo así accesible su pensamiento a vastos sectores del público occidental.

En segundo lugar es importante tomar nota del papel desempeñado por el contacto personal entre los filósofos y su público, que unas veces tomó la forma de la docencia privada, otras la de la relación amistosa informal, frecuentemente a través de la comunicación epistolar, y otras en fin la de las reuniones de grupos y las tertulias en los salones. Mientras las univer-

1. Cfr. por Dittbey, loc. cit., p. 174.

sidades permanecían ajenas a las inquietudes del nuevo pensamiento filosófico, todas estas variantes de la transmisión de ideas y de la conducción educativa tuvieron decisiva importancia en la época.

Las universidades, empero, no podían permanecer indefinidamente divorciadas de las corrientes más originales y fecundas del pensamiento filosófico y fueron adaptándose gradualmente a él a lo largo de los siglos XVII y XVIII. Muchas de ellas terminaron siendo absorbidas casi totalmente por determinadas tendencias modernas, como ocurrió con el cartesianismo en Francia y el kantismo en Alemania. Este cambio de orientación, que tuvo, al igual que el escolasticismo desplazado, sus excesos de dogmatismo e intolerancia, pero que representó un progreso innegable en el saber, hubo de reflejarse inevitablemente en la didáctica filosófica. La forma típica de enseñar pasó a ser entonces la clase magistral en que el maestro de filosofía exponía sus convicciones doctrinarias, muchas veces fruto de su propia reflexión y que significaban aportes decisivos al pensamiento filosófico. Quizá la más señera manifestación de este trabajo docente fueron los cursos de Hegel sobre filosofía de la historia, estética, filosofía de la religión e historia de la filosofía, publicados póstumamente y que constituyen parte importantísima de la obra filosófica hegeliana.

A lo largo del siglo XIX se institucionaliza la enseñanza filosófica en las universidades de todos los países y en las escuelas secundarias de algunos como parte de los planes de educación de los estados nacionales. La mayor parte de las modalidades y realizaciones de la didáctica universitaria y escolar de la filosofía que hoy conocemos y practicamos tienen su origen inmediato en este período, que puede llamarse de asentamiento y normalización. La exposición oral, la disertación, los seminarios, los sistemas tradicionales de interrogación didáctica y de control oral y escrito del aprendizaje adquieren su configuración esencial y prácticamente no varían a través del desenvolvimiento de las corrientes filosóficas que surgen en las universidades durante esta época y fácilmente se adaptan a las diferencias nacionales de espíritu y legislación.

5.—*La filosofía actual.*— Las modalidades didácticas que acabamos de señalar corresponden en mucho a la situación de la educación filosófica en la actualidad. Si se quisiera, empero, marcar algunas notas distintivas podría señalarse la expansión mundial del pensamiento filosófico que extiende, enriqueciéndola y unificándola, la educación filosófica más allá de los límites de la cultura occidental. Pero esta expansión no sólo es inter-

nacional sino también intranacional, pues a la difusión del libro se agrega la de los semanarios y diarios de altísimos tirajes, con lo cual se pone al alcance de muy vastos públicos las ideas y corrientes filosóficas. Existen, además, otros medios de comunicación de masas, como la radio y la televisión, que están siendo empleados también para llevar la cultura filosófica a aquellos sectores del público que no frecuentan las escuelas especializadas y las universidades.

Aparte del aprovechamiento de las realizaciones de la escuela nueva, el avance tecnológico y su aplicación a la educación se ha reflejado asimismo en la didáctica filosófica, especialmente en ciertas ramas, como la lógica, en la cual es frecuente hoy el uso de máquinas y de procedimientos de enseñanza programada.

Por lo que respecta al trabajo académico regular, cabe anotar un rasgo importante de la educación contemporánea, a saber, la existencia de una definida especialización de la docencia filosófica, sensible, por ejemplo, en la organización de institutos, centros académicos o departamentos universitarios dedicados expresamente a la filosofía —separados por lo general enteramente de la psicología y otras ciencias humanas—, en la publicación de revistas y otros órganos dedicados únicamente a materias filosóficas y en las reuniones nacionales, regionales e internacionales de estudiosos de la filosofía. Por otra parte, es digno de resaltarse, asimismo, el contacto interdisciplinario que acerca a los filósofos y los investigadores científicos de todas las ramas y obliga a una mayor apertura y flexibilidad de los currícula académicos.

6. Bibliografía

Atkinson, C. y Maleska, E., *Historia de la educación*. Barcelona, Ed. Martínez Roca, 1965.

Cubberley, Ellwood P., *Readings in the History of Education*. Cambridge, Massachusetts, The University Press, 1920.

Dilthey, Wilhelm, *Historia de la pedagogía*. Buenos Aires, Ed. Losada, 1942.

Jaeger, Werner, *Paideia. Los ideales de la cultura griega*. México, Fondo de Cultura Económica, 1949.

Larroyo, Francisco, *Historia general de la pedagogía*. México, Ed. Porrúa S.A., 1957.

Unesco. *The Teaching of Philosophy*. Paris 1953.

Verweyen, J.M., *Historia de la filosofía medieval*. Buenos Aires, Ed. Nova, 1957.

Windelband, Wilhelm, *Historia de la filosofía moderna*. Buenos Aires, Ed. Nova, 1951.